

y toda la cabeza entrapajada , y lleno de sangre , y muy sucio. Preguntámosle la causa : y dixo que habia ido á la sopa de S. Gerónimo , y que pidió porcion doblada , diciendo que era para unas personas honradas , y pobres. Quitáronsele á los otros mendigos para dársela , y ellos con el enojo siguiéronle , y vieron que en un rincón detras de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar , por engullir , y quitar á otros para sí , se levantaron voces , y tras ellas palos , y tras los palos chichones , y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con dos jarros , y el daño de las narices se le hizo uno con una escudilla de madera , que se la dió á oler con mas priesa que convenia. Quitáronle la espada , á las voces salió el Portero , y aun no los podia meter en paz. En fin se vió en tanto peligro el pobre hermano , que decia : Yo volveré lo que he comido ; y aun no bastaba , porque ya no reparaban sino en que pedia para otros , y no se preciaba de sopon. Miren el todo trapos , como muñeca de niños , mas triste que Pastelería en Quaresma , con mas agujeros que una flauta , mas remiendos que una pia , mas manchas que un jaspe , y mas puntos que un libro de Música (decia un Es-

tudianton de estos de la capacha , gorrónazo) ; que hay hombre en la sopa del bendito Santo , que puede ser Obispo , ó otra qualquier Dignidad , y se afrenta un Don Peluche de comer : graduado de Bachiller en Artes por Sigüenza. Metióse el Portero de por medio , viendo que un vejezuelo , que allí estaba , decia que aunque acudia al brodio , era descendiente del Gran Capitan , y que tenia deudos. Aquí lo dexó , porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los huesos.

## CAPITULO XVI.

*En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la carcel.*

**E**ntró Merlo Diaz , hecha en la pretina una sarta de búcaros , y vidrios ; los quales , pidiendo de beber en los tornos de las Monjas , habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja Don Lorenzo del Pedroso , el qual entró con una capa muy buena ; la qual habia trocado en una mesa de trucos á la suya , que no se la cubria pelo al que la llevó , por ser desbarbada. Usaba este quitarse la capa , como que queria jugar , y poner-

la con las otras : y luego ( como que no hacia partido ) iba por su capa , y tomaba la que mejor le parecia , y salíase. Usábalo en los juegos de argolla , y bolos. Mas todo fue nada para ver entrar á Don Cosme cercado de muchachos con lámparones , cancer , y lepra , heridos , y mancos , el qual se habia hecho Ensalmador con unas santiguaderas , y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba este por todos ; porque si el que venia á curarse no traía bulto debaxo de la capa , no sonaba dinero en la faltriquera , ó no piaban algunos capones , no habia lugar. Tenia asolado medio Reyno : hacia creer quanto queria , porque no ha nacido tal artífice en el mentir : tanto , que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del Niño Jesus : entraba en las casas con Deo gracias ; y decia lo del Espíritu Santo sea con todos : traía todo ajuar de Hypócrita , un Rosario con unas cuentas frisonas. Al descuido hacia que se le viese por debaxo de la capa un trozo de disciplina , salpicado con sangre de narices : hacia creer ( concomiéndose ) que los piojos eran silicios , y que la hambre canina era ayuno voluntario. Contaba tentaciones. En nombrando al demonio , decia : Dios nos libre , y nos guarde. Besaba la tierra al entrar en la Iglesia : llamábase indigno :

no levantaba los ojos á las mugeres , pero las faldas sí. Con estas cosas traía al Pueblo tal , que se encomendaban á él , y era propiamente como encomendarse al diablo ; porque á mas de ser jugador , era cierto ( así se llama por mal nombre ) Fullero. Juraba el nombre de Dios , unas veces en vano , y otras en vacio : pues en lo que toca á mugeres , tenia sus hijos , y preñadas dos santeras. Al fin , de los Mandamientos de Dios , los que no quebraba , vendia. Vino Folanco haciendo gran ruido , y pidió saco pardo , Cruz grande , barba larga postiza , y campanilla. Andaba de noche de esta suerte diciendo : *Acordaos de la muerte , y haced bien á las Almas , &c.* Con esto cogia mucha limosna , y entrábase en las casas que veía abiertas ; y si no habia testigos , ni estorvo , robaba quanto topaba : si los hallaba , tocaba la campanilla , y decia ( con una voz que él fingia muy penitente ) : *Acordaos , hermanos , &c.* Todas estas trazas de hurtar , y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos ahora á que les enseñé el Rosario , y conté el cuento. Celebraron mucho la traza , y recibióle la vieja por su cuenta , y razon , para venderle ; la qual se iba por las casas , diciendo que era de una doncella pobre , y que se deshacia de él para comer , y ya tenia para ca-

da cosa su embuste, y su traza. Lloraba la vieja á cada paso: enclavijaba las manos, y suspiraba de lo amargo: llamaba hijos á todos: traía (encima de muy buena camisa, jubon, ropa, saya, y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo Ermitaño que tenia en las cuevas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba, y encubria. Quiso, pues, el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa, y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya: traxo un Alguacil, y agarráronme á la vieja, que se llamaba la Madre Lebrusca, y confesó luego todo el caso, y dixo cómo viviamos todos, y que eramos Caballeros de rapiña. Dexóla el Alguacil en la carcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traía media docena de Corchetes (verdugos de á pie) y dió con todo el Colegio Buscon en la carcel, adonde se vió en gran peligro la Caballería.

## CAPITULO XVII.

*En que se describe la carcel, y lo que sucedió en ella, hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado.*

**A** cada uno en entrando nos echaron dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo. Yo, que me ví ir allá, aprovechéme del dinero que traía conmigo; y sacando un doblon, dixé al Carcelero: Señor, oygame V. md. en secreto; y para que lo hiciese, díle un escudo como cara, y en viéndolo me apartó. Suplícole á V. md. le dixé, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos, y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y quatro, diciendo: Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, baxará al cepo. Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dexóme fuera, y á los amigos descolgáronles abaxo. Dexo de contar la risa tan grande que en la carcel, y por las calles habia con nosotros; porque como nos traían atados, y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pias

remendados , y otros aloques de tinto , y blanco. Aquel , por asirse de alguna parte segura ( por estar todo tan manido ) le agarraba el Corchete de las puras carnes , y aun no hallaba de que asir , segun las tenia roidas la hambre. Otros iban dexando á los Corchetes en las manos los pedazos de ropillas , y greguescos. Al quitar la sogá , en que venian ensartados , se salian pegados los andrajos. Al fin , yo fui ( llegada la noche ) á dormir en la sala de los linages. Diéronme mi camilla : era de ver dormir algunos embaynados , sin quitarse nada de lo que traían de día : otros desnudarse de un golpe todo quanto traían encima : quáles jugaban , y al fin se mató la luz. Olvidamos todos los grillos : estaba el servicio á mi cabecera , y á la media noche no hacian sino venir presos , y soltar presos. Yo , que oí el ruido , al principio ( pensando que eran truenos ) empecé á turbarme ; mas viendo que olian mal , eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto , que por fuerza detenia las narices en la cama : unos traían cámaras , y otros aposentos. Al fin , yo me ví forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado ; y sobre si le viene muy ancho , ó no , tuvimos palabras. Usé el oficio de Adelantado , que es mejor serlo de un cachete , que de Castilla , y me-

tíle á uno media pretina en la cara. El , por levantarse apriesa , le derramó , y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretinazos á oscuras , y era tanto el olor , que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos ; y el Alcayde , sospechando que se le iban algunos vasallos , subió corriendo , armado con toda su quadrilla. Abrió la sala , entró luz , é informóse del caso. Condenáronme todos , y yo me disculpaba con decir que en toda la noche no me habian dexado cerrar los ojos á puro abrir los suyos. El Carcelero , pareciéndole que por no dexarme zabullir en el horado le daría otro doblon , asió del caso , y mandóme baxar allá. Determinéme á consentir antes que á pellizcar el talego mas de lo que estaba. Fui llevado abaxo , donde me recibieron con mucha albórbora , y placer los camaradas , y amigos. Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor , y salímonos del calabozo. Vímonos las caras ; y lo primero que nos fue notificado , fue dar para la limpieza ( y no de la Virgen sin mancilla ) , só pena de culebrazo fino. Yo dí luego seis reales : mis compañeros no tenian que dar , y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto , alto , abigotado , mohino de cara , cargado de espaldas , y de azotes en

ellas : traía mas hierro que Vizcaya , dos pares de grillos , y una cadena de portada. Llamábanle el Jayan : decia que estaba preso por cosas de ayre ; y así sospeché yo que era por algunos fuelles , chirimias , ó abanillos. Y á los que le preguntaban si era por algo de esto , respondia que no , sino por pecados de atras : yo pensé que por cosas viejas queria decir ; y al fin averigué que por puto. Quando el Alcayde le reñia por alguna travesura , le llamaba botiller de verdugo , y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba diciendo : ¿ Qué te arriesgas , pobrete , con el que te ha de hacer humo ? Dios es Dios que te vendimie de camino. Habia confesado esto , y era tan maldito , que traíamos todos con carlancas las traseras como mastines , y no habia quien osase ventosear de miedo de acordarle dónde tenia las asentaderas. Este hacia amistad con otro , que llamaban Robledo , y por otro nombre el Trepado. Decia que estaba preso por liberalidades ; y apurado , eran de manos , en pescar lo que topaba. Habia sido mas azotado que postillon , porque todos los verdugos habian probado la mano en él. La cara tenia con tantas cuchilladas , que á descubrirse puntos , no se la ganára un flux. Tenia nones las orejas , y pegadas las narices , aunque no tan bien como

la cuchillada que se las partia. A estos se llegaban otros quatro hombres (rapantes como Leones de armas) todos agrillados , y condenados al hermano de Rómulo. Decian ellos que presto podrian decir que habian servido á su Rey por mar , y por tierra. No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho. Todos mohinos de ver que mis compañeros no contribuían , ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una sogá dedicada al efecto. Vino la noche , fuimos ahuchados á la postrera faltriquera de la casa , mataron la luz , y yo metíme luego debaxo de la tarima. Empezaron á silvar dos de ellos , y otro á dar sogazos. Los buenos Caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas , cenadas , comidas , y almorzadas de sarna , y piojos) que cupieron todos en un resquicio de la tarima. Estaban como liendres en cabellos , ó chinchas en cama : sonaban los golpes en la tabla , y callaban los dichos. Los bellacos , viendo que no se quexaban , dexaron el dar azotes , y empezaron á tirar ladrillos , piedras , y casquete , que tenian recogido. Allí fue ella , que uno le halló el cogote á Don Toribio , y le levantó una pantorilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces , que le mataban. Los bellacos , por-

que no se oyese sus ahullidos , cantaban todos juntos , y hacian ruido con las prisiones. El, por esconderse , asió de los otros para meterse debaxo. Allí fue el ver cómo con la fuerza que hacian les sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro. Acabaron su vida las ropillas : no quedaba andrajo en pie : menudeaban tanto las piedras , y cascotes , que dentro de poco tiempo tenia el dicho Don Toribio mas golpes en la cabeza que una ropilla abierta ; y no hallando ningun remedio contra el granizo que sobre él llovía , viéndose cerca de morir martyr ( sin tener cosa de santidad , ni aun de bondad ) dixo que le dexasen salir , que él pagaria luego , y daria sus vestidos en prendas. Consintiórnselo , y á pesar de los otros , que se defendian con él , descalabrado , y como pudo se levantó , y pasó á mi lado. Los otros , por presto que acordaron á prometer lo mismo , ya tenian las chollas con mas tejas que pelos. Ofrecieron para pagar la patente, sus vestidos , haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos; y así aquella noche los dexaron estar , y á la mañana les pidieron que se desnudasen. Desnudáronse , y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama , digo envueltos en

una manta ; la qual era la que llamaban ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo , porque habia piojo con hambre canina ; y otro , que con un bocado de uno de ellos quebraba ayuno de ocho dias. Hábilos frisones , y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados de ellos : quitáronse la manta , maldiciendo su fortuna , deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo , diciendo que me perdonasen , si no les hacia mucha compañía , porque me importaba el no hacérsela. Torné á repararle las manos al Carcelero con tres de á ocho ; y sabiendo quién era el Escribano de la causa , enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento , y empecéle á decir ( despues de haber tratado de la causa ) como yo tenia no sé qué dinero : supliquéle me lo guardase , y en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un Hidalgo desgraciado , que por engaño habia incurrido en tal delito. Crea V. md. dixo ( despues de haber pescado la mosca ) que en nosotros está todo el juego ; y que si uno dá en no ser hombre de bien , puede hacer mucho mal. Mas tengo yo en galeras de valde por mi gusto que hay letras en el Proceso. Fíese de mí , y crea que le sacaré á paz , y á salvo. Fuese con esto ,

y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego Garcia el Alguacil, que importaba acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del Relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dixo: Un Relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al Alcalde divertido (que las mas veces lo están), y hacer una accion, destruye un Christiano. Díme por entendido, y añadí otros cinquenta reales; y en pago me dixo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenia de la frialdad de la carcel; y últimamente me dixo: Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que le dé al Alcayde, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino por interes. Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fue, yo dí al Carcelero un escudo, quitóme los grillos, y dexábame entrar en su casa. Tenia una Ballena por muger, y dos hijas del diablo, feas, y necias, y de la vida, á pesar de sus caras. Sucedió que el Carcelero (que se llamaba tal Blandones de San Pablo, y la muger Doña Ana Moraez) vino á comer, estando yo allí, muy enojado, y bufando: no quiso comer. La muger, rezelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbra-

das importunidades, que dixo: ¿Qué ha de ser, si el bellaco ladron de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no soys limpia? ¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? dixo ella. Por el siglo de mi abuelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas: ¿llamo yo á sus criados que me limpien? Y volviéndose á mí, dixo: Vale Dios que no me podrá decir Judia como él, que de quatro quartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedis de Hebreo: A fé, señor Don Pablo, que si le oyera, que yo le acordára que tiene las espaldas en el aspa de San Andrés. Entonces, muy afligido el Alcayde, replicó: Ay muger! callé, porque dixo que en esa teniades vos dos, ó tres madejas: que lo sucio no os lo dixo por lo puerco, sino por el no comerlo. ¿Luego Judia dixo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de Doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio, y Juan de Madrid, que sabe Dios, y todo el mundo? ¿Cómo hija (dixe yo) de Juan de Madrid? De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñon. Voto á N. que el bellaco que tal dixo es un Judio, puto, y cornudo. Y volviéndome á ellas, dixen: Juan de Madrid, mi señor, que

esté en el Cielo , fue primo hermano de mi padre , y daré yo probanza de quién es , y cómo , y esto me toca á mí ; y si salgo de la carcel , yo le haré desdecir cien veces al bellaco : Executoria tengo en el Pueblo tocante á entrambos con letras de oro. Alegráronse mucho todos con el nuevo pariente , y cobraron ánimo con lo de la Executoria ; y ni yo la tenia , ni sabia quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo ; y porque no me cogiese en mentira , hice que me salia de enfado , votando , y jurando. Tuviéronme , diciendo , que no se tratase , ni pensase mas en ello. Yo de rato en rato salia muy al descuido , diciendo : Juan de Madrid ? Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decia : ¿ Juan de Madrid el mayor ? Su padre Juan de Madrid fue casado con Ana de Acevedo la gorda ; y callaba otro poco. Al fin , con estas cosas el Alcayde me daba de comer , y cama en su casa ; y el buen Escribano (solicitado de él , y cohechado con el dinero ) lo hizo tan bien , que sacaron la vieja delante de todos en un palafren pardo á la brida , con un músico de culpas delante. Era el pregon este : A esta muger por ladrona. Llevábale el compas en las costillas el verdugo , segun lo que le habian re-

citado los Señores de los ropones. Seguian luego todos mis compañeros en los oberos de echar agua , sin sombreros , y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza , y cada uno de puro roto llevaba la suya defuera. Desterráronlos por seis años : yo salí en fiado por virtud del Escribano ; y el Relator no se descuidó , porque mudó tono , habló quedo , brincó razones , y mascó cláusulas enteras.

## CAPITULO XVIII.

*De como tomé posada , y la desgracia que en ella me sucedió.*

**S**alí de la carcel , halléme solo , y sin los amigos ; y aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad , no los quise seguir. Determinéme de ir á una posada , donde hallé una moza rubia , y blanca , miradora , alegre , á veces entremetida , y á veces entresacada , y salida. Ceceaba un poco , tenia miedo á los ratones , preciábase de manos ; y por enseñarlas , siempre despavilaba las velas , y partia la comida en la mesa : en la Iglesia siempre tenia puestas las manos : por las calles iba enseñando qué cosa era de uno , y cuál era de otro :



en el estrado de continuo tenía un alfiler que prender en el tocado : si se jugaba á algun juego , era siempre al de pizpirigaña , por ser cosa de mostrar manos : hacia que bostezaba adrede , sin tener gana , por mostrar los dientes , y hacer cruces en la boca. Al fin , toda la casa tenía tan manoñeada , que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa , porque tenían trato de alquilarla , con muy buena ropa , á tres moradores. Fui el uno yo , el otro un Portugués , y un Catalan. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza para el deleyte ; y lo otro , la comodidad de hallármela en casa. Dí en poner en ella los ojos : contábales cuentos , que yo tenía estudiados para entretêner : traíales nuevas , aunque nunca las hubiese : servíales en todo lo que era de valde. Díxelas que sabia encantamientos , que era Nigromántico , que haria que pareciese que se hundia la casa , y que se abrasaba ; y otras cosas que ellas (como buenas creederas) tragaron. Grangé una voluntad en todos agradecida , pero no enamorada ; que como no estaba tan bien vestido como era razon (aunque ya me habia algo mejorado de ropa por medio del Alcaide , á quien visitaba siempre , conservando la sangre á pura carne , y pan que le comia)

no hacian de mí el caso que era justo. Dí para acreditarme de rico , que lo disimulaba , en enviar á mi casa amigos á buscarme quando no estaba en ella. Entró uno primero preguntando por el señor Don Ramiro de Guzman ; que así dixé que era mi nombre , porque los amigos me habian dicho que no era de costa el mudarse los nombres , antes muy util. Al fin preguntó por Don Ramiro , un hombre de negocios rico , que hizo ahora dos asientos con el Rey. Desconociéronme en esto las huéspedas , y respondieron que allí no vivia sino un Don Ramiro de Guzman , mas roto que rico , pequeño de cuerpo , feo de cara , y pobre. Ese es (replicó) el que yo digo , y no quisiera mas renta al servicio de Dios que la que tiene de mas de dos mil ducados. Contóles otros embustes : quedáronse espantadas , y él las dexó una cédula de cambio fingida que traía á cobrar en mí de nueve mil escudos : díxoles que me la diesen para que la aceptase , y fuese. Creyeron la riqueza la niña , y la madre , y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulacion , y en entrando me dieron la cédula , diciendo : Dineros ; y amor mal se encubren , señor Don Ramiro : ¿ cómo que nos esconda V. md. quién es , debiéndonos tanta voluntad ? Yo hice como que me habia

disgustado por el dexar de la cédula, y fuime á mi aposento. Era de ver cómo en creyendo que tenía dinero, me decian que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras: no habia tal donayre como el mio. Yo, que las ví tan cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche (para confirmarlas mas en mi riqueza) cerréme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado; y sacando cinquenta escudos, los conté tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Fue esto (de verme con tanto dinero) para ellas todo lo que podia desear, porque se desvelaban por regalarme, y servirme. El Portugués se llamaba ó senhor Vasco de Meneses, Caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño, y mostachos grandes. Ardia por Doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba): enamorábala sentándose á conversacion; y suspirando mas que Beata en Sermon de Quaresma. Cantaba mal, y siempre andaba apuntando con el Catalan; el qual era la criatura mas triste, y miserable que Dios crió. Comia á tercianas, de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apenas le podia morder un maldiciente. Pretendia por lo

bravo, y si no era poner huevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El Portugués decia que era un piojoso, pícaro, desarropado; y el Catalan me trataba de cobarde, y vil. Yo lo sabia todo, y á veces lo oía; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba, y recibia mil villetes. Comenzaba por lo ordinario: Este atrevimiento, su mucha hermosura de V. md.: decia lo de me abraso: trataba de penar, ofreciame por esclavo, y firmaba el corazon con la saeta. Al fin llegamos á los tues; y yo (para alimentar mas el crédito de mi calidad) salíme de casa, alquilé una mula, y arrebozado, y mudando la voz, vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo: Si vivia allí su merced el señor Don Ramiro de Guzman, señor de Valcerrado, y Vellorete. Aquí vive, respondió la niña, un Caballero de ese nombre, pequeño de cuerpo; y por las señas dixé yo que era él, y la supliqué que le dixese, que Diego de Solorzano, su Mayor-domo que fue de las Depositarias, pasaba á las cobranzas, y le habia venido á besar las manos. Con esto me fui, y volví á casa de allí á un rato. Recibiéronme con la mayor alegría del mun-

do , diciendo que para qué les tenia escondido el ser Señor del Valcerrado , y Vellorete ; y diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató , codiciosa de marido tan rico , y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caía á un tejado , donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo , ordenó que venida la noche, y yo deseoso de gozar de la ocasion , me subiese al corredor ; y por pasar desde él al tejado que habia de ser , vánseme los pies , y doy en el de un vecino Escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas , y quedaron estampadas en mis costillas. Al ruido despertó la media casa , y pensando que eran ladrones ( que son antojadizos de ellos los de este oficio) subieron al tejado. Yo , que ví esto , quíseme esconder detras de una chimenea , y fue aumentar la sospecha , porque el Escribano , dos criados , y un hermano me molieron á palos , y me ataron á vista de mi dama , sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reía mucho , porque como yo la habia dicho que sabia hacer burlas , y encantamientos , pensó que habia caído por gracia , y nigromancia ; y no hacia sino decirme que subiese , que bastaba ya. Con esto , y con los palos , y puñadas que me dieron , daba ahu-

llidos ; y era lo bueno , que ella pensaba que todo era artificio , y no acababa de reir. Comenzó luego á hacer la causa ; y porque me sonaron unas llaves en la faltriquera , dixo , y escribió que eran ganzuas , aunque las vió , sin haber remedio de que no lo fuesen. Díxele que era Don Ramiro de Guzman , y rióse mucho. Yo , triste , ( que me habia visto moler á palos delante de mi dama , y me ví llevar preso sin razon , y con mal nombre) no sabia qué hacerme. Híncabame delante del Escribano de rodillas , y rogábaselo por amor de Dios , y ni por esas , ni por esotras bastaba con el Escribano á que me dexase. Todo esto pasaba en el tejado ; que los tales aun de tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de baxarme , y lo hicieron por una ventana , que caía á una pieza que servia de cocina.